

La práctica académica como activismo: cinco reflexiones

por **Anthony Bebbington** | Ford Foundation and Clark University | abebbington@clarku.edu

Recibir el Premio Martin Diskin de LASA/Oxfam América es un honor y una gran sorpresa. Es una sorpresa, porque entre otras cosas, no me considero un activista: de hecho, si me comparo con amigos y colegas en América Latina, en la Fundación Ford donde actualmente trabajo, en Oxfam América, o en muchos otros ámbitos, sé que no soy un activista. Comparado con lo que tantas otras y tantos otros han arriesgado o sacrificado, la trayectoria de mi carrera ha sido fácil. Es un honor recibir este reconocimiento porque no puede ser nada menos que un gran honor estar en una lista junto a personas y colegas como Carlos Iván Degregori, Terry Karl, Arturo Escobar, Alberto Olvera, Silvia Rivera, Lynn Stephen, Jonny Fox y otras y otros. Y estar aquí, hoy, con Jenny Pearce es un honor y un placer.

Si bien no me considero un activista, lo que he buscado es que mi trabajo académico sea de alguna utilidad para, y que exista en conversaciones con, organizaciones e individuos quienes intentan promover formas de justicia socioambiental en la región. Estas organizaciones y personas han sido de las más diversas: organizaciones de derechos humanos en Gran Bretaña, centros de investigación en varios países de la región, la Defensoría del Pueblo en Perú, el Ministerio y ministros de Medio Ambiente en El Salvador, ONG en los países andinos, Universidades de la región, Oxfam, la Fundación Ford y otros. Después de mi familia, y a la par de mis estudiantes, mis relaciones con colegas en estas organizaciones han sido el privilegio de mi vida. En el tiempo que me queda, quisiera reflexionar sobre algunas de estas experiencias, no tanto para sacar conclusiones concretas sino para hacer unas cuantas observaciones y plantear

ciertos desafíos. Ofrezco cinco reflexiones sueltas. No hay un gran argumento aquí, tampoco quiero presumir que son lecciones para otros. Son lecciones mías.

El trabajo académico como parte de un repertorio de acción social

En 2006 vivía con mi familia en Perú y tenía mi base en el Centro Peruano de Estudios Sociales, CEPES. Un día recibí un correo del Perú Support Group (PSG) de Gran Bretaña, un grupo preocupado por la defensa de los derechos humanos en el Perú. Aunque tiene poquísimos fondos, tiene su propia reputación, un capital social importante, y un conjunto de miembros con lazos directos con diferentes instituciones de poder. Como consecuencia de estos lazos, el Grupo había logrado organizar un evento en el Parlamento Británico para discutir denuncias acerca de la vulneración de derechos humanos en un área afectada por un proyecto de exploración minera, Río Blanco, en la sierra de Piura, un proyecto que en aquel tiempo fue propiedad de una empresa británica. A raíz de ese evento, surgió la idea de enviar una comisión a Piura para investigar las denuncias y preparar un reporte. En el correo, el PSG me invitó a asumir la coordinación de la comisión. Al final, se formó un equipo de 3 académicos, un periodista y un miembro del Parlamento Británico.

El informe que escribimos terminó siendo medio contencioso (Bebbington et al. 2007; Bebbington y Williams, 2008). En algún momento, la empresa amenazó al PSG insinuando la posibilidad de una acción legal, cosa que al final no se dio. Mientras tanto, me tocó debatir nuestro informe

Texto presentado en el Congreso de Vancouver de LASA, el 26 de mayo de 2023.

con el representante legal y los abogados de la empresa en foros públicos en Piura, en Lima y en el Parlamento Británico. Hubo entrevistas y artículos en la prensa. Un año después, un grupo de abogados, que trabajaban pro-bono, abrió un caso legal en contra de la empresa buscando compensación para algunos de los comuneros. Utilizaron nuestro trabajo como uno de sus insumos.

Hasta hoy la mina no existe. No quiero sugerir que esto es una consecuencia de lo que escribimos, aunque quisiera creer que el informe dejó su pequeña huella. Más bien creo que, en la medida en que el informe tuvo alguna influencia, fue porque nuestro trabajo existió dentro de un ensamblaje de actores mucho más amplio en el que todos abogaban de una u otra manera por el respeto de los derechos de las comunidades y de los comuneros. Entre estos actores se encontraban la Defensoría del Pueblo, las rondas campesinas de Piura, la Pastoral Social de Chulucanas, diferentes ONG, periodistas, una comisión en el Congreso, entre muchos otros. En diferentes momentos estos actores nos apoyaron —sobre todo la Defensoría del Pueblo— en algunos momentos nos usaron, y en otros momentos nos vieron como demasiado cautos en nuestros argumentos.

Pero la lección que me llevo de esta experiencia es que la relación entre el trabajo académico, el activismo y el resultado final tiene mucho que ver con las redes de actores en las cuales uno está incrustado, y con las cuales interactúa. Los investigadores somos un ingrediente más, y nuestra influencia en el sabor final de la sopa depende mucho de cómo interactuamos con los demás ingredientes.

Sostener conversaciones, pensar juntos

Una segunda reflexión, que de alguna manera va de la mano con la anterior, es que la relación entre nuestro trabajo, el activismo, y la posibilidad de cambio social puede ser más fructífera cuando se basa en relaciones que se han sostenido en el tiempo. Veo el trabajo y la vida de Jenny Pearce,

y sus décadas de trabajo involucrada en Centro América y Colombia, como un gran ejemplo de esta constatación.

En mi caso, no presumo haber sostenido relaciones de la misma calidad y profundidad que Jenny. Pero he intentado, y no me queda duda de que estas relaciones, además de enriquecer mi vida enormemente, han agregado un montón al valor, a la calidad, y a la posible utilidad de los trabajos que hemos hecho.

Buena parte de esta utilidad, creo, no es que nuestro trabajo académico aporte directamente al trabajo de los activistas con quienes mantenemos relaciones, sino que sirva como un insumo para conversaciones y reflexiones que puedan aportar a los repertorios de estos activistas y sus organizaciones. Hace mucho tiempo, trabajé en Bolivia (Bebbington 1996). Colaborábamos mayormente con ONG, entre ellas una organización que trabajaba muy de cerca con las confederaciones sindicales. En uno de nuestros periodos de trabajo de campo, en una reunión con una organización local cerca a Samaipata, el director de la ONG me introdujo diciendo: “Tony viene a Bolivia dos o tres veces al año y nos hace pensar.”

Han pasado casi treinta años, pero esta frase se ha quedado conmigo, y lo menciono porque creo que apunta a una dimensión importante de la relación entre el trabajo académico y activismo: es decir, la posibilidad de sostener conversaciones durante años, quizás décadas, conversaciones que hacen que cada uno termine pensando de una manera un poco diferente a raíz, no solo de la conversación, sino también de la confianza que se tejió a lo largo del tiempo.

No es una observación profunda, pero me parece que vale la pena recalcar: el conocimiento se construye y se moldea a través del diálogo y de las relaciones de confianza, y esta combinación diálogo-confianza constituye un componente importante de la relación academia-activismo.

Y digo esto reconociendo que también he dejado de sostener muchas conversaciones por falta de tiempo y diligencias. Pero cada uno hace lo que puede.

El aula como nexos entre la academia y el activismo

El comentario anterior me lleva a mi tercera observación.

En este mismo panel hace varios años, se reconoció al Padre José Alberto Idiáquez de la UCA Nicaragua con el Premio Diskin. El Padre Idiáquez compartió su presentación con la Provost de la UCA, Wendi Bellanger. Yo había conocido a Wendi muchos años antes a través de su pareja, José Luis Rocha, con quien habíamos colaborado durante algunos años a raíz de una suerte de matrimonio cocinado por Deborah Barry de la Fundación Ford entre nuestro programa de investigación y enseñanza en Manchester, y un grupo de centros de investigación activista en Centro América y México (Bebbington 2007).

LASA reconoció al Padre Idiáquez durante un periodo difícil para la UCA, un contexto que se ha vuelto aún más difícil en los años subsiguientes. Durante el panel, Wendi hizo una llamada a la sala, que cualquier colaboración académica, sobre todo en base a la enseñanza, sería no solo bienvenida sino una contribución importante al ánimo de los estudiantes de la UCA.

Esta llamada catalizó una conversación con Wendi que culminó en lo que terminó siendo la experiencia pedagógica que más satisfacción me ha dado en mi carrera como profesor. Wendi y yo decidimos aunar esfuerzos y vincular un curso sobre justicia socioambiental en América Latina que yo había diseñado en Clark University como un “first year intensive” para estudiantes universitarios en su primer semestre, con un curso que Wendi creó en la UCA. Compartimos el mismo programa, las mismas lecturas, y cada dos semanas, más o menos, juntamos a los estudiantes por video (en tiempos pre-Covid) para intercambiar ideas sobre las lecturas.

Una semana los estudiantes de Clark guiaban la discusión, la otra semana los estudiantes de la UCA.

Todo esto se dio durante un periodo de represión dura de la UCA. Uno de los estudiantes de la UCA que participaba en el curso fue preso durante el curso. Y en general los estudiantes de la UCA hablaron con los estudiantes de Clark sobre lo que estaba pasando en Nicaragua y en las afueras del campus de la UCA. Las discusiones reflejaron una mezcla de pasión, intelecto, amistad, asombro, y respeto mutuo entre los estudiantes. Los estudiantes de Clark se quedaron impactados, y hasta hoy algunos de ellos me hablan de la experiencia. Estos estudiantes se acaban de graduar seis días antes de esta presentación, el 21 de mayo de 2023.

Para mí, esta experiencia refleja otro tipo de relación entre lo académico y el activismo. Nació de una relación de casi quince años con Wendi y su pareja, y permitió a los estudiantes de la UCA explicar a los estudiantes de Clark cómo la vida los había convertido, de alguna manera, en activistas, quizás en algunos casos activistas accidentales, pero activistas de todas maneras. Quién sabe qué van a hacer los estudiantes de Clark en el futuro, pero estos intercambios sembraron una semilla. Para los estudiantes de la UCA intuimos que el poder hablar con otros estudiantes de lo que estaban experimentando y relacionarlo con otras literaturas los ayudó a procesarlo, aunque tampoco quiero sobreinterpretar.

La academia y la política pública: la ley minera en El Salvador

El matrimonio cocinado por Deborah Barry en 2005, que me conectó con José Luis, llevó a otra relación personal y profesional que también perdura hasta hoy, con el equipo de la organización PRISMA, con sedes en El Salvador y fuera del país también. Esta relación, y las relaciones que PRISMA me ha posibilitado con otros actores de la región, ha impactado mi trabajo y abierto nuevos nexos con el activismo. Aquí menciono una de ellas.

Cuando se eligió el gobierno del FMLN en 2009, el hasta recién Director de PRISMA, Herman Rosa, fue nombrado Ministro de Medio Ambiente. Antes de asumir el rol, y durante una reunión de otra red latinoamericana de investigadores rurales, Rimisp, Herman me hizo una petición, parafraseando, “puedes acompañarnos en el Ministerio, venir de vez en cuando, y ayudarnos a pensar cómo trabajar la problemática de la gobernanza ambiental?”.

Uno de los temas con el cual Herman y el Ministerio tenían que lidiar fue la política minera en El Salvador. Durante los años 2000, la minería se había vuelto un tema conflictivo en el país (y para ser transparente, dados los auspiciadores de este premio, Oxfam había sido un actor en este proceso). El nuevo Presidente Mauricio Funes se había comprometido durante su campaña a prohibir la minería en el país. Sin embargo, al mismo tiempo, el nuevo gobierno tenía que lidiar con una disputa legal que una empresa minera, Pacific Rim, había llevado al Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones, CIADI, en contra del país. Pacific Rim pedía una indemnización masiva para cubrir los ingresos perdidos a consecuencia de la respuesta del gobierno anterior a la conflictividad alrededor de la minería (básicamente el gobierno de la Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, había congelado todos los procesos de aprobación de los estudios de impacto ambiental, así paralizando todos los proyectos mineros).

Ya existe literatura excelente sobre este tema —por ejemplo los trabajos de Rose Spalding, Ainhoa Montoya y Rachel Nadelman—. Pero resumiendo, para responder al contexto, el gobierno decidió organizar una Evaluación Estratégica Ambiental (EEA) del sector minero como paso previo a la elaboración de una nueva ley minera. Cuando se lanzó la convocatoria para reclutar los miembros de un grupo asesor que iba a acompañar la EEA, me postulé. Me salió, y me nombraron como Chair. El grupo tenía que comentar y evaluar los avances del EEA, y además tenía que aprobar estos avances, no legalmente, pero como un requisito anterior al pago a los consultores. Pueden imaginar las presiones y debates que hubo dentro del comité, entre el

comité y los consultores, y entre el ministerio y la sociedad civil sobre los contenidos de la EEA, sobre la calidad de su materia empírica, y sobre sus conclusiones y recomendaciones en cuanto a los posibles riesgos sociales, ambientales y económicos que un sector minero podría implicar para el país. Una vez terminada la EEA, Herman me pidió participar en discusiones sobre la propuesta de ley que se elaboró sobre la base de los resultados de la EEA. Luego me tocó servir como testigo experto en el caso en CIADI.

Para el gobierno, el desafío fue definir una nueva ley minera en paralelo con el proceso en el CIADI. Para no arriesgar el caso en el CIADI, se optó por una propuesta de ley para implementar una suspensión indefinida de los procesos administrativos para la aprobación de proyectos mineros. Como no fue una prohibición de la minería, la propuesta no satisfacía a la sociedad civil y por lo tanto ni a la bancada del FMLN, ni a aquellos académicos cuya entrada al tema fue a través de aquellas ONG que insistían en la prohibición (Bebbington 2015). Sin embargo, era imposible proponer una ley de prohibición de la minería porque esto no iba a satisfacer a la Casa Presidencial preocupada por no perder el caso en el CIADI. Resultado: empate, la propuesta no prosperó, y la ley quedó en el camino. Varios años después, se resolvió el caso en el CIADI, y esto abrió un camino para una ley de prohibición (Spalding 2023).

Participar en este proceso fue un privilegio y un estrés. Ilustra muchos temas relevantes para este panel. Primero, sugiere que la relación entre lo académico y el activismo depende de con qué activistas colaboras. Distintos nodos de activismo enfrentan diferentes apremios y oportunidades, y pueden discrepar sobre estrategia aun cuando comparten el mismo objetivo final. Esta distinción es especialmente aparente si se compara el activismo a través del Estado y el activismo a través de la sociedad civil. En este caso, en El Salvador, a diferencia del ejemplo de Río Blanco, yo entré por la puerta del activismo desde el Estado por razones de confianzas personales y solidaridades basadas en conversaciones y relaciones anteriores.

La academia como crítica al activismo: el desafío de combinar la crítica y la solidaridad

Mi quinta reflexión tiene que ver con el complejo lugar de la crítica en la relación entre lo académico y el activismo. El hecho de querer alinear la investigación con agendas activistas y de querer colaborar como académico con personas y organizaciones orientadas hacia la acción social, no implica que el trabajo académico deje su mirada crítica en la puerta (tampoco implica que los activistas dejen de ser críticos de las prácticas y orientaciones del mundo académico).

Sin embargo, dado que estas conversaciones están basadas en relaciones sociales y personales, y muchas veces se dan en contextos de riesgo físico, regulatorio y financiero para los activistas, manejar y procesar la crítica mutua no es fácil. No quiero ahondar en este tema, porque es delicado. Pero quiero insistir en que una contribución de la academia al activismo es la de ser un crítico leal: alguien quien comenta cuando ve debilidades en narrativas o estrategias, cuando no encuentra la evidencia para sostener ciertos reclamos o ciertas constataciones, etcétera. Navegar estas conversaciones no es fácil, pero son conversaciones importantes.

Para terminar

El hilo conductor en estas reflexiones es que las relaciones personales han pesado enormemente no solo en las oportunidades que he tenido para trabajar en esta interfaz entre lo académico y el activismo, como también en las formas tomadas por este trabajo. En general, las oportunidades han nacido de relaciones de confianza, de conversaciones de larga data, y de redes mayores en las cuales, por suerte, me he encontrado inserto. Quedo enormemente agradecido por la confianza de los colegas hacia mi persona a través de los años.

Me gustaría terminar reconociendo a tres personas más: Thomas Carroll, David Lehmann y Denise Humphreys Bebbington.

Tom Carroll murió en diciembre de 2022, a los 103 años. Fue a través de él que me enteré de las becas doctorales de la Fundación Interamericana, una beca que me permitió hacer casi dos años de campo en Perú y Ecuador en los años 80, y me hizo reflexionar mucho más sobre la relación entre investigación y el desarrollo de base, el tema que animaba ese programa de becas (Reilly y Glade, 1993). Tom encarnaba la relación entre análisis y activismo a tal extremo que el gobierno peruano lo botó del país en los años 50 por promover la reforma agraria. Medio desapercibido, y apoyando a muchos investigadores jóvenes, Tom armó una parte importante del trabajo académico que subyacía los argumentos técnicos para justificar programas de reforma agraria en la región.

Fue a través de Tom que conocí a David Lehmann, y a través de David que me enteré del puesto que terminó siendo mi primer puesto académico y que de alguna manera hizo posible mi carrera. Fue también a través de Tom que conocí a Denise Humphreys Vidal, ahora Denise Humphreys Bebbington. Aunque ahora es Profesora, Denise viene del mundo del activismo. Hemos compartido muchas investigaciones, y una vida en la cual las fronteras entre lo personal, lo familiar, lo profesional y lo político han sido muy porosas. En cierto sentido nuestras convergencias y discrepancias en los diferentes trabajos que hemos hecho juntos han constituido un ida y venida entre miradas más académicas y miradas más activistas y han formado gran parte del trabajo en el cual me he involucrado. Denise ha insistido que, aun cuando he querido explorar sutilezas conceptuales y académicas, no pierdo de vista lo que es justo y lo que es injusto, y que nunca pierdo un sentido de indignación. Seguir este viaje y hacer estos trabajos con ella ha sido un privilegio y una satisfacción enorme.

Referencias

- Bebbington, Anthony. 2015 "At the Boundaries of *La Política*: Political ecology, policy networks and moments of government," pp. 198-208 in Gavin Bridge, James McCarthy and Thomas Perreault (eds.) *Handbook of Political Ecology*. London: Routledge.
- Bebbington, Anthony. (ed.). 2007 *Investigación y cambio social: desafíos para las ONG en Centroamérica y México*. Guatemala City. Editorial de Ciencias Sociales.

Bebbington, Anthony. 1996 "Organizations and intensifications: small farmer federations, rural livelihoods and agricultural technology in the Andes and Amazonia." *World Development* vol. 24 (7): 1161-1178.

Bebbington, Anthony, Connarty Michael, Coxshall, Wendy, O'Shaughnessy, Hugh, and Williams, Mark 2007. *Mining and development in Peru, with special reference to the Rio Blanco Project, Piura*. London. Peru Support Group.

Bebbington, Anthony and Williams, Mark 2008 "Water and mining conflicts in Peru." *Mountain Research and Development* 28 (3/4):190-195

Reilly, Charles y Glade, William (eds.) 1993. *Inquiry at the Grassroots*. Washington. Inter-American Foundation.

Spalding, Rose 2013. *Breaking Ground: From Extraction Booms to Mining Bans in Latin America*. Oxford: Oxford University Press. //